

¿JUNTAS O EN COMUNIDAD?

EL DESAFÍO DE LA COMUNIDAD EN LA VIDA RELIGIOSA DE LAS MUJERES (II)

Blanca de Asís

PRINCIPIOS

III. COLECTIVIDAD Y COMUNIDAD

La colectividad como “mente común”

Los procesos de individuación no son naturales. Su desarrollo comienza con la educación y la formación, continúa con el crecimiento personal y, podemos asegurar, no termina nunca. En la base, se encuentra un fondo de naturaleza de la que es preciso emerger para que cada cual pueda convertirse en ese ser único e irrepetible que es, de hecho, cada individuo. Puesto que la individuación no es natural y debido al peso de la naturaleza en la condición humana, no es de extrañar que esta individuación sea compleja y difícil. Salir y distinguirse del conjunto, de lo común, de la naturaleza, cuya fuerza y cuya evolución se miden en términos de conexiones y de fuertes vínculos cooperativos, es una proeza.

El ejemplo más socorrido para ilustrar la ventaja de lo que, en adelante, llamaremos una “mente” colectiva, o un instinto colectivo, es el caso de las abejas. Podríamos, no obstante, multiplicar los ejemplos naturales. A ellos, podemos añadir las máquinas cuyo funcionamiento debe su inspiración a esta naturaleza que obra colectivamente. Y a las máquinas pueden agregarse ahora tecnologías de última generación donde la cooperación equivale al funcionamiento en red. Si nos adentramos en el plano social, es obvio que, con mayor o menor éxito, los sistemas jerárquicos imitan a esta naturaleza que funciona como si tuviera una mente común.

La “mente común” cuenta con una gran ventaja: su eficacia. Puede estar conectada a una mente superior, o principio jerárquico único, o puede, simplemente, conectarse en red para lograr sus objetivos. En este último caso, el foco está en el objetivo. La historia nos provee de ejemplos sobre las ventajas de la mente colectiva, esa que inhibe, e incluso suprime, la mente individual. El cine, actualmente, se hace eco de este fenómeno en el género de la ciencia ficción (aunque, o no solo, en este género). El episodio segundo de la temporada cuatro de la bien conocida saga *Star Trek Voyager*, cuenta un interesante caso. La nave *Voyager* se encuentra con un poderosísimo enemigo *ciborg*, cuya superioridad se basa en su capacidad para absorber (asimilar) a cualquier ser susceptible de aportar beneficios tecnológicos al sistema *borg*, un sistema que funciona

colectivamente, con una mente común. La tripulación captura una *borg* hembra, que fue asimilada desde una edad muy temprana, cuando era humana. Todo lo que reconoce de sí, sin embargo, se lo debe a la colectividad *borg*. Su identidad individual es tan residual que, prácticamente, ha desaparecido. Se siente superior a los humanos, a los que considera rudimentarios, entre otras razones, por presentar una conducta “errática” (imprevisible) y por despilfarrar energía en asuntos irrelevantes (para la consecución de objetivos). Katherine, la capitana de la *Voyager*, decide separarla (desconectarla) de la colectividad y regenerar su condición humana individual. El episodio describe las terribles resistencias de la *borg* para dejar la colectividad a cambio de una individualidad capaz de establecer conexiones libres. Uno de sus más intensos sufrimientos se debe a la nueva situación de silencio mental: ya no escucha a las otras mentes, se ha quedado solo con la propia, que le sabe a silencio y soledad. Este tema, con matices diferentes, forma parte de otro episodio de la serie *Fringe*, de la temporada cuarta. En estas historias fílmicas aparecen proyectados los deseos y las resistencias humanas ante esta forma de identidad dependiente de la mente colectiva. En ella, nadie es responsable de sí y de sus actos, nadie elige ni decide por sí mismo. La colectividad es la mejor coartada para la conciencia responsable individual. Cada cual es solo una pieza, satisfecha, de un engranaje común perfecto, poderoso, eficiente. La pertenencia ocupa prácticamente la totalidad de esta forma de identidad, y las partes, que ven crecer y aumentar el poder del todo, se sienten cómodas. Todo lo colectivo pertenece a cada una de sus piezas y este sentido de pertenencia resulta muy gratificante a la conciencia. Toda la información es común. No hay secretos porque no hay privacidad. La ausencia de privacidad e intimidad inhibe, en los que han sido humanos, la capacidad de respuesta emocional. Es patente el trasfondo de los totalitarismos, aunque el caso de *Star Trek Voyager* se parece más al funcionamiento de conexión en red. Los episodios mencionados de estas series subrayan las ventajas de la dependencia externa y la eficiencia y el poder de un tipo de vinculación del que ya la naturaleza nos ha dado noticia desde hace milenios.

Las historias de estos episodios manifiestan deseos humanos latentes. El ser humano, en efecto, anhela la dependencia y cuasi-fusión con un todo más grande. Un todo en el que perderse es interpretado como un encontrarse, porque añora un todo del que formar parte, en el que delegar lo que conlleva ser y convertirse en persona. Manifiesta claramente el peso de la propia e insoslayable responsabilidad. Desearía, siquiera fuera temporalmente, delegar de su conciencia ética, es decir, de su libertad responsable, de su condición adulta.

La vida religiosa, dentro de un esquema eclesiástico jerárquico, ha intentado ser y parecer, decíamos antes, una especie de ejército con una mente colectiva en la que sus miembros reciben y toman su nueva identidad (adquirida previamente en los procesos de formación). En el caso de las mujeres, el éxito ha sido todavía

más rotundo. En las instituciones del pasado siglo, y en las actuales, claramente residuales, cada una de las religiosas era tratada (si se me permite generalizar) como idéntica e intercambiable a todas las demás, como una pieza encajada en un puzle que hacía posible la permanencia y la pervivencia de la identidad común. Algunos de los símbolos más interesantes, como el caso del cambio de nombre en la profesión, fueron reeditados y su significado fue modificado, de manera que el nuevo nombre, más que un renacimiento (hemos de recordar que la profesión religiosa está íntimamente ligada a un nuevo bautismo), parecía la renuncia a la identidad particular, semejante a una especie de borrado sobre el que se escribía la identidad nueva ligada a la institución (como un “palimpsesto”), contribuyendo a reforzar la supremacía de la mente colectiva sobre la mente individual. Lógicamente, dado que ninguna religiosa dejaba de ser una persona humana, la norma nunca se ha cumplido a la letra. Esta falta de literalidad es atestiguada por las leyes, los reglamentos, las llamadas de atención, las sanciones y castigos... que, de haberse seguido la letra, no habrían sido necesarios.

No es preciso insistir en las ventajas de esta forma de entender a la persona (pieza cuasi anónima de un colectivo), en su dimensión relacional y social, para la eficacia de instituciones de un cierto perfil, para fines concretos a corto y largo plazo, religiosos y apostólicos, para el control y, especialmente, para el conjunto eclesial. Una de esas ventajas, y no la de menor importancia, es la disminución del miedo junto al aumento de la sensación de seguridad. La mente colectiva, en efecto, ofrece un tipo de seguridad sobre la base de la disminución del miedo interno de cada persona: el miedo a equivocarse, el miedo de fracasar, el miedo a la falta de sentido, el miedo de sentir la culpa... La mente colectiva “libera” de ciertos factores humanos generadores de miedo, expositores de la inseguridad radical. La mente colectiva, además, “libera” del deber de pensar, de establecer conexiones, de llegar a conclusiones que exigirían una toma de decisiones. La consigna es clara: mejor no saber. Mejor, saber solo lo preciso. Mejor, no complicarse. Hay quienes saben, piensan, deciden por una, ¿para qué preocuparse? No es extraño, por lo tanto, que haya muchas religiosas que sigan anhelando esta especie de paraíso perdido, que entró en crisis con el Vaticano II.

Con el Vaticano II, muchas religiosas recuperaron su identidad individual. Otras lo intentaron sin éxito y muchas se marcharon de sus instituciones alegando “problemas comunitarios”. Nada raro. Lógicamente, la recuperación de la individualidad repercutía en la forma de vida comunitaria tradicional (y afectaba directa e indirectamente a cada uno de los votos y a su totalidad). Y esta cuestión, que afecta a cada comunidad pequeña o grande, sigue siendo uno de los puntos álgidos e irresueltos en las congregaciones religiosas femeninas. Los cambios son sistémicos. El aparato institucional no está en disposición de reestructuración profunda, y mientras muchas luchan por no perder las

oportunidades nacidas de una reconquistada individualidad, otras anhelan la vuelta al sistema de conexión de “mente colectiva”, anhelan la vuelta a esa situación que podría devolverles la legitimidad de antaño para depender (sin culpa) y delegar sus responsabilidades.

Tentaciones

La tentación regresiva es seductora. Las ventajas y beneficios de una vida en común dirigida por la mente colectiva institucional y para la cual existe un instrumento legitimador tan poderoso como la obediencia son muchas. La tentación acecha. Prueba de ello es el aumento del número de candidatas en las congregaciones, muchas de ellas recientes, que adoptan este modelo. Un segmento significativo de jóvenes, con formación universitaria e incluso proveniente de un estatuto civil independiente, se siente tentado ante la propuesta de la vida comunitaria, entendida esta como una colectividad dependiente de una mente que la dirige desde fuera y desde dentro. El brillo de la falsa unidad es sumamente atractivo. Legitima la dependencia adolescente e, incluso, infantil, desculpabilizándola. Acepta vínculos afectivos inmaduros. Espiritualiza la ausencia de libre albedrío y de participación activa. Una parte de la generación de jóvenes mujeres de contextos como el occidental está cansada de una prematura adultez cuyas consecuencias, con frecuencia, han de afrontar inevitablemente: soledad familiar, hiper-responsabilidad, relaciones elegidas, o supuestamente elegidas, cargadas de frustraciones, futuro incierto... Es más, mucho más, que la tentación de una vida (económicamente) resuelta. Las renuncias pueden ser gratificantes, debido a los numerosos beneficios secundarios. La tentación es fuerte, aunque caer en ella no evita los problemas y los conflictos. La permanencia de la mayoría de las candidatas que entran en estas formas de vida indica que, en lo que se refiere a la dinámica psicológica, los beneficios compensan. Las interpretaciones espiritualistas, con sus ventajas institucionales, no deberían jugar al despiste. Muchas religiosas que preguntan la causa del aumento de candidatas en estas instituciones revelan, sin pretenderlo, mucho más que una mera y sana curiosidad por el fenómeno. Revelan una secreta envidia que manifiesta el escondido anhelo a “regresar” a tiempos y a experiencias personales del pasado.

Una de las conclusiones que se perfilan detrás de este brevísimo análisis es la vigencia de la tentación de evitar la dificultad humana de la individuación. Los sistemas de tendencia totalitaria, los sistemas jerárquicos, son incompatibles con la individualidad. Es una de las termitas que roe por dentro los cimientos del edificio de la vida consagrada femenina. Es muy oportuno, para estos sistemas, hablar de la recuperación de la vida comunitaria.

La acusación más frecuente que se le hace a esta conclusión es la de oponer la individualidad a la colectividad, una oposición y un dilema, sin embargo, falsos e

interesados. El ser humano es un ser social, esencialmente relacional, y si esta dimensión no se desarrolla y crece, este ser humano acaba padeciendo determinadas patologías o, cuando menos, termina empobrecido en su humanidad. La individualidad singular no anula la dimensión colectiva. La vida consagrada pretende ser un estilo de vida, una forma de ser y de estar en el mundo. En su propuesta es muy importante la vida comunitaria. En algunas congregaciones es central y en otras, con el tiempo, ha llegado a serlo. La individuación, por tanto, no puede ser de ninguna manera contraria a la vida comunitaria. Y, al revés: la vida comunitaria no puede frenar ni bloquear la individuación, que es considerada una conquista evolutiva de la condición humana. ¿Cómo afrontar este conflicto, uno de los conflictos que, supuestamente, se lleva por delante a buena parte de las religiosas? El conflicto que suele estar en el trasfondo de la mayor parte de las solicitudes de permisos de ausencia, exclaustaciones y secularizaciones está mayoritariamente relacionado con las dificultades comunitarias, con la supuesta oposición entre lo individual y lo común, entre la persona y la comunidad¹.

Mente comunitaria frente a mente colectiva

Desde el principio de la exposición de este tema late una pregunta legítima y necesaria: ¿es tan nefasta la naturaleza para la persona humana, cuando reclama la colectividad con todas sus ventajas?, ¿acaso no es la naturaleza maestra en el aprendizaje de la comunicación y la eficiencia pragmática?, ¿no es, también ella, maestra en las formas de evolución? Sin duda.

He focalizado los inconvenientes y las tentaciones a la hora de tomar este modelo, individual y socialmente, cuando se oponen disyuntivamente: o mente individual o mente colectiva. Ambas realidades las hemos tratado como oposiciones o/con/contra/sobre/bajo/por/... El *quid* de la cuestión se encuentra en el *vínculo* que las une y/o separa. En muchos momentos pensé que ese vínculo era necesariamente tensión, una relación de tensión no resuelta, y que esta teoría de oposición tensional no resuelta trataba mejor la relación que esa otra de oposiciones jerárquicas y excluyentes. Es, sin duda, fruto de esa herencia que opera sobre individualidades que se relacionan de una manera determinada, entre sí y con los grupos y colectividades. Cada concepto relacional funciona con una estructura, es decir, funciona de un modo estructurado, con orden y con forma. Por eso no es fácil de abordar, tanto si se hace con cada concepto por separado, como si lo hacemos en sus relaciones.

¹ Legalmente se invocan otras causas. Muchas de las razones auténticas, sin embargo, al menos entre las mujeres, son problemas de obediencia (conflictos con la institución) y de comunidad (igualmente, conflictos con la institución).

La propuesta en la que estoy interesada, por lo tanto, no es la resolución simplista de una oposición que considero interesada, especialmente cuando se la coloca en el primer plano para reducir o anular la mente individual de las mujeres. La naturaleza está gritando a la humanidad, a la occidental y supuestamente sociedad del progreso, la necesidad y la urgencia de la cooperación. Está manifestando a gritos los desastres humanos que se derivan de ignorar las repercusiones que tiene en el todo, en lo global, dañar y afectar a una, siquiera, de sus partes. No es preciso abundar en temas, desgraciadamente tan cotidianos, como, por ejemplo, el cambio climático.

Tampoco debemos olvidar que el modelo externo (la naturaleza en la que somos) es, en realidad, un modelo interno (la naturaleza que somos). Nuestro cerebro funciona en red sobre la base de complejas interconexiones. Nuestros cerebros derecho e izquierdo funcionan en coordinación, cooperación, compensación. Nuestro cuerpo y nuestro psiquismo funcionan en red y lo mismo que las partes remiten al todo, el todo remite (se encuentra) a cada parte. La dimensión espiritual forma parte de la identidad compleja que somos, y cada sujeto, lo sepa o no, lo quiera o no, está conectado a los demás y al resto de la realidad en todas sus dimensiones.

Las personas, puesto que somos seres sociales, buscamos las relaciones y necesitamos la colectividad para existir y subsistir, para organizarnos, conseguir objetivos y mejorar individual y colectivamente. Es un punto, a la vez, débil y fuerte. El equilibrio entre individuo y colectividad es difícil. A esto hay que añadir el factor de socialización cultural y su diversificación a causa del género, con un interesante resultado paradójico. A las niñas se las socializa, tempranamente, en las relaciones y en el sentido de lo grupal y colectivo. El vínculo que lo hace posible es afectivo y, dentro del amplio ámbito afectivo, se encuentra el mayor desarrollo de la empatía. Tanto, que se descuida la mente individual e, incluso, se antepone el grupo al individuo que cada una es. Como consecuencia, el proceso de individuación se retrasa y, a veces, se bloquea e inhibe. Los niños son socializados al revés: han de emerger precozmente como individuos e ir cortando paulatinamente lazos (afectivos, sobre todo) que, supuestamente, dificultan la construcción de sujetos en sí y por sí (también, para sí).

Las dos formas de socialización de la identidad son problemáticas. Lo son para cada cual y para el conjunto de los humanos. Las niñas aprenden que no son nadie si no están vinculadas, sobre todo afectivamente vinculadas. Sería muy largo abundar en las consecuencias, pero a la vista están. La dependencia emocional de las mujeres sigue siendo su *talón de Aquiles*. La sociedad y las instituciones saben explotarlo muy bien. La individualidad de los varones, supuestamente lograda, es, igualmente, bien aprovechada por intereses que no

favorecen la humanidad de cada sujeto. Lo paradójico es que las mujeres, supuestamente bien entrenadas para los grupos y la colectividad, tienen serios problemas para lograr una buena convivencia en grupo y, por el contrario, los hombres, que supuestamente son autosuficientes, son los que tienen mayor espíritu corporativo (al menos en el área social) y saben funcionar en grupo cuando el grupo es capaz de satisfacer objetivos e intereses personales. Lo extraño es que esta paradoja no dé que pensar. Las cosas están cambiando, se me podría objetar; están cambiando, es verdad, pero muy lentamente y solo en algunos contextos. Están cambiando, además, en las dos direcciones: hacia atrás, en claras regresiones, y hacia delante, en clara evolución. Queda mucho camino por andar.

La paradoja descrita manifiesta un dato muy interesante: el funcionamiento en red, colectivo, en grupo, funciona mejor y con mayor rendimiento si cada sujeto ha logrado desarrollar, lo más posible, su conciencia e identidad individual. Aunque los hombres paguen un alto precio por su proceso de individuación (insuficiente y, con frecuencia, realizado en falso), este les favorece cuando han de funcionar en grupo. Y el caso de las mujeres manifiesta su revés: si no existe una buena individuación, los procesos grupales, sean cuales sean sus fines y objetivos, resultan más complejos y difíciles. Los hombres han de aprender procesos de vinculación que a las mujeres les resultan muy familiares, y las mujeres, por su parte, han de aprender la importancia de la individuación para lograr un mayor espíritu corporativo, para mejorar el funcionamiento de los grupos y asociaciones propios y mixtos, para reducir los conflictos que, con frecuencia, amenazan la vida y el fruto de las importantes asociaciones que suelen crear, como mujeres, con las mujeres.

Obviamente, estoy hablando de tendencias y haciendo uso de la generalización. La historia es testigo de la multiplicidad de sociedades pequeñas y medianas que han logrado las mujeres, con excelentes resultados extensibles a la entera humanidad. Estos casos manifiestan la capacidad de las mujeres y su buen hacer a la hora de crear grupos, organizarlos, manejarlos y hacerlos perdurar durante siglos pasando el testigo a las siguientes generaciones. Por citar un par de ejemplos, ahí están los restos de las órdenes monásticas, los beguinatos y las congregaciones religiosas. Sobre estas últimas habría mucho, y fino, que hilar, y por ello nos ocupamos de la comunidad, piedra de toque de la vida monástica y de toda vida consagrada de mujeres.

La comunidad religiosa de las mujeres es un claro exponente de las dificultades en su individuación básica. El período posconciliar se ocupó ampliamente de ella. Durante las tres últimas décadas del pasado siglo, las publicaciones acerca de la comunidad (la femenina) crecieron exponencialmente. Escribieron sobre ella teólogos, sociólogos, psicólogos, antropólogos, la mayoría

de ellos religiosos de profesión. Los expertos, hombres casi todos, analizaron amplia y pormenorizadamente la vida comunitaria de las religiosas de los monasterios, conventos y congregaciones de vida apostólica. Muchos de ellos se sorprendieron y se indignaron al iniciarse una tendencia, en mujeres de congregaciones religiosas de mentalidad más abierta, a vivir solas, desafiando, supuestamente, la vida de comunidad. El tema está lejos de haberse cerrado. Todavía suenan voces contrarias e indignadas contra esas mujeres que defienden la opción de vivir temporal o definitivamente solas sin, por ello, dejar de pertenecer de pleno derecho a su propia familia religiosa. Ellas no dejan de vivir la vida de comunidad en formas que no son nuevas, pero las instituciones eclesiásticas están interesadas en que las formas antiguas permanezcan olvidadas en lugar de ser recordadas y actualizadas². No deja de sorprender el tono indignado de los hombres y la desmesura de sus reacciones, así como la resistencia a escuchar las razones de estas mujeres, e incluso las de sus congregaciones. Estas reacciones comienzan por apelar de inmediato a las leyes y a motivos de tipo jurídico.

Sigo interesada en analizar la relación entre la tendencia a basar la comunidad religiosa en principios propios de la mente colectiva, en vez de crear la colectividad y las relaciones en red, basadas en el establecimiento de una buena identidad individual. Como queda dicho, hay intereses obvios en que las religiosas vivan en una organización jerárquica sobre la base de una mente colectiva, que uniforma y se resiste ante cualquier intento real y auténtico de individualidad. La vida comunitaria y la vida apostólica que tiene su centro en ella, se organizan según este modelo. Los conflictos, lógicamente, se multiplican y parecen irresolubles. La intensidad con la que se subraya la oposición entre las dos tendencias, la colectiva y la individual, es, repetimos, interesada porque es ella, la oposición, la que dificulta sobremanera la propuesta de estrategias eficaces para resolver los problemas propios de cualquier tipo de convivencia. La idea de que es más útil y funcional la uniformidad puede servir para ciertos proyectos, pero empobrece irremediabilmente la convivencia adoptada como forma de vida. La comunidad religiosa tiene una dimensión funcional de cara a la misión apostólica y a otras razones, pero esta no justifica una opción permanente por la comunidad. La comunidad apostólica no requiere necesariamente la comunidad de vida. La primera es posible sin la segunda. La primera es, también, más fácil que la segunda.

Procesos de individuación y complejidad relacional

² En la antigüedad, durante los primeros diez siglos del cristianismo, la vida cenobítica no se consideraba incompatible con un sentido comunitario diferente al de los grupos que vivían juntos bajo un mismo techo.

La comunidad de vida que se constituye sobre la base del desarrollo de los procesos de individuación, o, lo que es lo mismo, sobre la base del crecimiento pleno de cada persona que la forma, es, sin la menor duda, una comunidad compleja. La libertad, como valor irrenunciable, y la diversidad que implica el crecimiento individual de cada persona son pilares que fundamentan sólidamente esta forma de convivencia. También son sus puntos conflictivos más fuertes.

Las personas no crecemos ni nos desarrollamos al mismo ritmo. Las personas de diferentes edades y generaciones, las que, además, pertenecen a pueblos y culturas diferentes, hacen de la comunidad religiosa (en congregaciones internacionales y en comunidades intercongregacionales) un punto de referencia, religioso y humano, de incalculable valor. Como quedaba dicho, esto es un desafío muy grande cuando las personas que constituyen la comunidad de vida son mujeres, socializadas en la tendencia a la mente colectiva, en la tendencia a la sospecha ante las peculiaridades de cada individuo, ante la diversidad, libre y patente, de pensar, de ser y de actuar de cada cual. La tendencia a la mente colectiva recela, sospecha, se resiente y pretende suprimir las diversidades. Los afectos entran en unas dinámicas humanas complejas en las que las rivalidades, los celos, la dependencia, la necesidad de destacar, de mandar, de menospreciar y marginar pueden ocasionar un clima permanente enrarecido en el que resulte muy difícil vivir. La comunidad requiere una base de humanidad sobre la que sea posible construir la base de lo común y compartido.

A todo lo anterior, podemos ir añadiendo factores transversales que agregan complejidad al conjunto, como es la dimensión religiosa que, supuestamente, es el núcleo que convoca a la comunidad.

Individuos maduros para comunidades maduras

No es preciso acudir a la psicología para deducir que las comunidades maduras requieren individuos lo más plenos posible. Por eso, estoy convencida de que una buena formación individualizada es una base sólida para una buena comunidad. La formación individualizada que tiende al crecimiento de individuos singulares es difícil y delicada. Requiere seguridad en la identidad personal de la formadora (individual y comunidad formativa) y madurez afectiva para afrontar el crecimiento de alguien distinto, como distinto y único. Requiere agudeza en el análisis, respeto y confianza. Requiere tiempo y, por tanto, paciencia. Requiere una antropología optimista que transmita las infinitas posibilidades del ser humano y de la evolución humana. No es esto lo que he visto en mis muchos años de vida religiosa. No lo he visto en los programas de formación que he conocido. No lo he visto en las jóvenes religiosas ni en las medianas ni en las mayores. Por supuesto, lo he visto en las excepciones.

La teología de la comunidad se ha creado sobre un modelo de dinámica y conflicto de convivencia que no ha tenido en cuenta los cambios vividos en las mujeres durante las últimas cuatro décadas. Cuando se habla de individualidad, por ejemplo, se entiende un individualismo propio de un sistema que los grupos más críticos de la sociedad y de la iglesia no podemos aceptar. Las palabras, así, se han contaminado y pronunciar algunas de ellas, sobre todo si las pronuncian mujeres y rezuman aires reivindicativos, resulta peligroso. Es difícil hacer que se escuche lo que de verdad se quiere decir, razón por la cual muchas religiosas han pasado directamente a la acción. Para qué perder un tiempo precioso en la explicación y en el debate si las palabras no van a ser escuchadas y, a la postre, van a resultar tan peligrosas como la acción... En la iglesia jerárquica actual no hay lugar para un verdadero debate, para una discusión honesta. Los argumentos solo valen, funcionalmente, para apoyar decisiones previamente adoptadas. Los argumentos hace ya mucho tiempo que dejaron de ser importantes. Tal vez por ello, la teología de la vida religiosa sea tan pobre y repetitiva. Tal vez por eso se haya quedado obsoleta. Quizás por esta razón nadie se siente motivado para abordar con seriedad cuestiones tan urgentes... ¿Para quién pensar, debatir y escribir con originalidad, si se ha de hacer bajo la mirada inquisitorial e implacable del “Gran Hermano” eclesiástico, siempre dispuesto a recibir y aceptar acusaciones anónimas que, a su vez, continúan y alimentan un proceso de purga que no cesa? ¿No es, acaso, esta falta de motivación una de las razones por las que se pone en marcha el engranaje inquisitorial, por el que se sigue acusando a la vida religiosa, femenina y masculina, de “iglesia paralela”, como si de verdad esta vida religiosa concreta fuera un peligro real para el aparato eclesiástico? Puede que exista un temor de fondo a la posibilidad de que la vida religiosa se tome en serio su carisma, a que afronte el interesante desafío a la vida de comunidad...

Los intentos más creativos de pensar y de vivir la comunidad con parámetros diferentes a los marcados son minoritarios. Necesitarán tiempo para alcanzar la masa crítica que permita universalizar los principios que se encuentran en el fondo de tales experiencias, pero todo se andará. Mientras llega, mientras nos encontramos en esta fase del camino, conviene seguir pensando y realizando intentos que podamos evaluar, corregir, experimentar... y con los que poder evolucionar.

Nada de cuanto queda dicho es ajeno a la teología de la vida religiosa y, concretamente, a la teología de su forma peculiar de vida comunitaria. No obstante, es importante abordar esta dimensión con sus propias categorías e, incluso, con su peculiar lenguaje.